

CANEDO: EL RECUERDO DE UNA PASCUA INTERFRANCISCANA FAMILIAR

El convento de Canedo vivió por tercer año consecutivo la celebración de una Pascua familiar en la que un centenar de hermanos/as de toda edad y condición (parejas, familias, bebés, pequeñitos, adolescentes, jóvenes y abuelas) vivimos la muerte redentora de Cristo y gozamos de su esperanzadora Resurrección. La Pascua en Canedo se reconvirtió en familiar por una cuestión electoral (sólo un muchacho había elegido pasar sus vacaciones de Semana Santa en el ambiente fraternal y alegre de una Pascua sobradamente conocida). Este aparente fracaso obligó a abordar la realidad con espíritu creativo ya hace unos años. Y así se decidió la aventura de la Pascua familiar, que este año jugó con los ecos más bíblico-pascuales, ya que toda ella giró en torno al lema **¿te acuerdas?**



Y sí. Nos acordamos de Cristo torturado, vejado y crucificado. Y nos acordamos de las razones de esa Pasión. Y tuvimos presentes a los millones de hermanos/as que hoy en día siguen las huellas de Dios hecho hombre y padecen en sus carnes la discriminación, la violencia, el terror, la injusticia y la muerte en innumerables rincones del planeta. A lo largo de tres días cada grupo de edad (niños, jóvenes y adultos) trabajaron por niveles con Mariana y Anais, Sofí y Ramiro y Miguel de la Mata, profundizando en su modo particular e intransferible de vivir la fe, y se comprometieron a mejorar su relación directa, viva y personal con el Padre bueno que, por un amor sin medida, nos convida noche y día a ser comunidad viva con aires franciscanos.

La catequesis tiene una importancia fundamental en nuestra Pascua familiar. Pero no más que la Liturgia, un aspecto muy cuidado. Todos los/as que vivimos la Pascua participamos activamente en las celebraciones con el pueblo de Pontearreas. Las lecturas, las canciones, las ofrendas... todo es motivado, reflexionado y ensayado y nadie queda sin tomar parte activa.

Este compromiso también con los hermanos/as de Pontearreas nos lleva a celebrar en la Iglesia la Cena del Señor del Jueves Santo e inmediatamente después volver a celebrarla ya sólo los participantes en la Pascua. El día culmina con la oración en el huerto, que siempre procuramos hacer al aire libre, aunque este año la lluvia nos lo impidió. El Viernes, la celebración de la muerte del Señor es conjunta, en la Iglesia del convento. Tras la cena dinamizamos el Vía Crucis, al que asisten decenas de vecinos, que luego se suman a nosotros en la Adoración de la Cruz, una oración que este año fue especialmente intensa y donde aprendimos que la Cruz está ahí para ser asumida, abrazada y aceptada.

El Sábado es el día del desierto, de la oración íntima y de la reflexión honesta. Es gratificante ver a niños/as inclinados sobre su cuaderno, con las manos en la cabeza, buceando en su interioridad con

pasión. Por la tarde comienza la motivación de la celebración penitencial; momento aguardado, pues ya se ha convertido en uno de los “momentos icono” del Tríduo. Tras ponernos en paz con los hermanos/as y la cena, todo es gozo y exultación. En la Vigilia Pascual se respira la alegría profunda de los hijos/as de Dios. Los que se encargan de fotografiar el momento pueden dar fe de esa pasión. Y como la alegría es contagiosa y expansiva, la noche termina con un “chocolate de confraternidad” con los vecinos de Canedo, que siempre abarrotan la Iglesia del convento y acaban participando de lo que se ha vivido en la Pascua familiar.



El domingo, con el sueño cargado en los ojos y el corazón ligero como una pluma, agradecemos a Dios Padre la intensidad de los días pasados. Y tras el gesto de envío nos lanzamos a la vorágine del mundo, dispuestos/as a proclamar alto y claro el mensaje liberador de Cristo resucitado. Con Él, por Él y en Él, también nosotros/as hemos resucitado y queremos ser “sal y luz”.